

“el tal Fernández resultó después llamarse Don Mariano Valera”. Este desorden, primero cronológico y luego onomástico, da idea de la actitud con que El Cojo conforma su texto, y que si bien resulta a la larga divertida para el literato, no lo es tanto para los graves historiadores que se adentran en estas materias, próximas a la arqueología.

Tal vez el momento menos ingrato de *El carnero de Medellín* sea aquel en el que, en el tono de lo que hoy se conoce como realismo mágico, se transcriben los componentes del séquito que acompaña al embajador del Gran Señor de Constantinopla en su visita al rey Carlos IV, así como la relación de los obsequios: “El Bajá de Siete Colas, Mustafá Edim, embajador del Gran Señor” viaja a Madrid —el texto debe ser un informe de la oficina de prensa de palacio— con “Quince mujeres en calidad de Sultanas. Treinta concubinas, quince blancas y quince negras retintas. Cuatro amas. Cuatro criadas. Dos Secretarios. Tres Maestros de la Ley. Dos Malandrines. Dos Caballerizos. Dos Maestros de Ceremonias. Dos intérpretes. Ocho Gentiles Hombres. Cuatro camareros. Veinticuatro pajes, doce blancos y doce negros [...] Dos eunucos y su jefe agigantado”. También viajan médicos, “capellanes con subalternos”, cincuenta jenizaros, “sesenta criados de escalera abajo” y cien esclavos de servicio y caballería. En cuanto a los regalos para su Majestad Católica destacan piedras de diverso color y valor, joyas, dos elefantes (macho y hembra), un “dromedario verdoso”, dos camellos,

dos leones, cuatro tigres, diez pelicanos, diez literas con veintiocho “mulas trigadas”, y mil treinta y dos cautivos que por la Gracia del Gran Señor son liberados y devueltos a la cristianidad... Y la relación agrega algo que, a la luz del cosmopolitismo actual, resulta sintomático: todos son turcos menos los médicos, que son ingleses; los cocineros son franceses, los reposteros italianos, los cafeteros griegos y los intérpretes españoles. Se dice que tan impresionante delegación salió de Constantinopla el 1 de abril de 1791, aunque en ninguna parte el *boletín* informa si llegó o no a su regio destino.

El prólogo de Jaramillo es rico en datos pero algo desordenado: las digresiones familiares distraen el motivo central del discurso y hay reiteraciones innecesarias. La genealogía materna de Benítez es un ejemplo casi policiaco en pro de la verdad, aunque a la postre resulta excesiva e intrascendente. A todo ello se agregan el nulo interés de doña Francisca Javiera Betancur por su retoño, habido en clandestina lid con don Nicolás Benítez, a quien incluso se le disputa su presunta paternidad, lo cual dice mucho de la madre. El Cojo no se prodiga en esta clase de confidencias autobiográficas y de ahí el denso nudo genealógico en el que se enredan el editor y el lector. Por otro lado, Jaramillo abusa de cierto coloquialismo “paisa” que dificulta un poco la lectura para quienes no son iniciados en la prosodia del valle del Aburrá. Habla, así mismo, de personajes muertos “hace unas semanas”, sin especificar la fecha de la referencia, con lo que la mención queda adscrita a una intemporalidad casi mítica. Obviamente, estas salvedades no le restan interés al valioso aporte bibliográfico que constituye *El carnero de Medellín*, así como a la exhumación de un texto casi arcano y la presentación de un autor que, más en el campo de la historia doméstica que en el de la literatura nacional —a pesar de la obligada invocación de *El carnero* de Rodríguez Freyre—, debe atraer la atención de los historiadores, a la vez que despertar el estímulo para investigaciones futuras. Cabe advertir que, a nuestro juicio, la parte

más valiosa del libro es la que Benítez dedica a sus contemporáneos y que abarca hechos en los que él participó, en especial los agitados lustros del proceso independentista. Confesamos, finalmente, que por momentos creímos estar ante una curiosa imposura literaria, aunque la ausencia de una anécdota sólida, el estilo plúmbeo y la tediosa manía onomástica del autor desterraron cualquier honorable sospecha al respecto. Desprovisto el texto de la menor aspiración literaria, son los historiadores y arqueólogos quienes ante la memoria de El Cojo tienen la palabra.

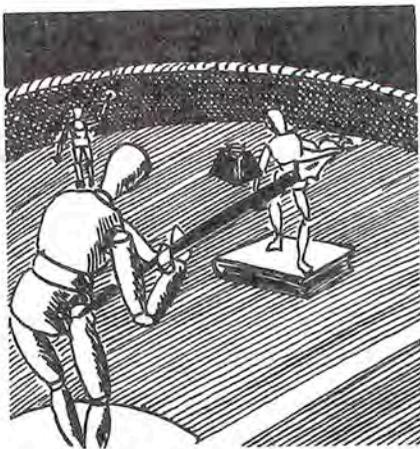
R. H. MORENO-DURAN.

Tres años de trabajo de campo

Colonización del Ariari (1950-1970). Aproximación a una historia regional
Oscar Gonzalo Londoño Díaz
Cenesoll, Villavicencio, 1989

En los últimos años la historia regional ha tomado un auge muy grande en nuestro país. Sin lugar a dudas el mayor número de investigaciones del género se concentra en Antioquia y Valle del Cauca. Sin embargo, la historia de los Llanos Orientales de Colombia es un caso excepcional dentro del contexto nacional, pues, pese a no muy favorables circunstancias, hay allí un germen importante de historiadores jóvenes —llaneros y de otras regiones del país y aun extranjeros— que por diferentes circunstancias han estudiado la historia de tan vasta región. Es así como, sin duda alguna, la historia contemporánea y muy especialmente la de la colonización y la violencia de 1948 para acá es la que más ha llamado la atención de propios y extraños.

Efectivamente, desde la publicación del libro de Eduardo Franco Isaza *Las guerrillas del Llano* (1959), la historia contemporánea de la región



ha sido objeto de diferentes análisis que van desde el más pionero y general y quizá más conocido de todos: *La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social* (1962) hasta los cuidadosos y especializados estudios de Alfredo Molano, Augusto Gómez, Reinaldo Barbosa y Justo Casas Aguilar.

Así pues, el libro que hoy nos ocupa: *Colonización del Ariari* (1950-1970). *Aproximación a una historia regional*, de Oscar Gonzalo Londoño Díaz, es un esfuerzo más por historiar un proceso de colonización y de violencia de una zona, bastante bien caracterizada por el autor, dentro de la extensa región de la Orinoquia colombiana, pero que por distintas razones ha sido y es objeto de diferentes conflictos sociales, en los cuales, además de conformarse relaciones sociales tradicionales —clientelismo, compadrazgo etc.—, han surgido elementos definitorios de una identidad cultural. Procesos sociales y culturales en los cuales han intervenido activamente los partidos políticos tradicionales (liberal y conservador) como también el partido comunista, el ejército, la policía y algunas instituciones del Estado colombiano: la Caja Agraria y el Incora, entre otras, pero esencialmente personas: colonos y comandantes guerrilleros, terratenientes y políticos, funcionarios y militares.

El autor realizó un extenso trabajo de campo de tres años que le permitió estudiar los factores internos de la región. Así pues, al igual que otras obras escritas sobre la temática y la

región, la mayor parte de la información fue obtenida mediante la recopilación de un sinnúmero de testimonios orales en los cuales encuentra el lector escalofrantes y estremecedoras narraciones, pero a la vez muy, pero muy, humanas experiencias en las cuales, entre otras, se encuentran los sentimientos encontrados (frustración y esperanza) que puede experimentar un ser humano al ser “desarraigado” involuntariamente de su tierra.

Una vez terminada esta parte de la investigación, se dedicó Londoño Díaz a sistematizar y analizar la información obtenida y a relacionarla y confrontarla con otras fuentes publicadas y con otros hechos y sucesos nacionales. Es así como el autor ubica tres momentos o ciclos importantes dentro de la economía de la región: el del decenio del 60, caracterizado por el auge “marimbero”, el del decenio del 70, donde se observó una lenta sustitución del cultivo de la marihuana por el de la coca, y el del decenio del 80, no tratado en el libro, en el cual se da el desarrollo del narcotráfico coquero. Los cuales corresponden a dos etapas distintas en el proceso de colonización de la zona.

En la primera de esta etapa, que va de 1948 a 1959, la mayoría de los “colonos voluntarios” emigran a la región, individual o masivamente (como es el caso de los de Villarrica, en el oriente del Tolima), huyéndole a la persecución y represión de los conservadores. Son, pues, liberales y comunistas que se organizan para buscar la paz en el nuevo territorio, pero que, ante la agudización del conflicto a escala nacional y la indudable presión de los terratenientes y políticos conservadores, tienen que formar una “republicueta”, aparte de los “godos”, lo cual llevó, según los acontecimientos, a un reacomodamiento permanente de los campesinos de la región, pues, a medida que aparecían nuevas tendencias, los simpatizantes de éstas se iban agrupando por zonas, las cuales, a la postre, terminaron siendo dos: el alto Ariari, de influencia comunista y con mayor organización de masas, y el Ariari medio, dominado por liberales y menos imbuida por la organización y la solidaridad.

Se formaron así grupos armados para defenderse y contraatacar a los “indeseables” vecinos, orientación que también tuvieron los conservadores y que agudizó las diferencias de ambos sectores en discordia, como también entre fracciones liberales y entre éstas y los comunistas. De modo, pues, que no sólo hubo guerrillas “políticas” liberales, conservadoras y comunistas, sino también grupos de asaltantes o de delincuencia común, así como labores de contraguerrilla emprendidas por el ejército con el fin de contrarrestar el indudable auge de los distintos grupos insurgentes y adelantar operaciones de “limpieza” de bandoleros y delincuentes, las cuales también fueron llevadas a cabo en diferentes épocas por los liberales y los comunistas.

En este período es bien importante la activa participación del partido comunista, que organizó a la población —liberal y comunista— en sindicatos agrarios. También es en este período cuando se crean dentro del común de los habitantes de la región algunas constantes, que el autor define como propias de la identidad de la zona de Ariari, y que son: 1. La lucha por la tierra, que ha llevado a una consigna: “de aquí no me sacan sino muerto”. 2. El crecimiento de “Boca Monte”, hoy Granada, pues allí el inmigrante encontró una nueva patria chica, un sitio de identificación, la cual adoptó como propia, lo que conllevó la formación de nuevos lazos familiares, el desarrollo del compadrazgo, el clientelismo y el caudillismo, etc. 3. La agudización de cierto sectarismo político que se hace evidente en ciertas consignas como “En mi familia Dios me libre que haya un godo” y “¡Qué carajo!, antes muertos que descoloridos”. Pero tal vez lo más significativo sea la paulatina eliminación, luego de un compromiso firmado entre la gran mayoría de los comandantes guerrilleros y el gobierno nacional, representado por Germán Zea Hernández, de todos los jefes alzados en armas. El rosario comenzó en 1957 con el asesinato de Guadalupe Salcedo.

— La segunda etapa (1959-1970) comienza con un ambicioso plan de colonización dirigido por la Caja

Agraria en la margen derecha del río Ariari. Programa que confrontó muchos problemas, pues partió de un hecho irreal: se declaró la vega del río Ariari como baldía. Así, cuando se empezaron a distribuir las parcelas, los funcionarios de la Caja y los colonos "oficiales" se encontraron con que gran parte de lo que se aspiraba a repartir estaba ya ocupado por los primeros colonos. Ante esta situación, la Caja tuvo que comenzar a repartir terrenos donde los hubiera; se comenzó así a colonizar la sabana, lo cual trajo el más estruendoso fracaso y llevó a que los nuevos colonos buscaran tierras para establecerse en la reserva natural de la Sierra de la Macarena. El programa benefició a los antiguos colonos, pues les permitió acceder a los servicios de la Caja Agraria.

Así mismo, se estableció en Granada el batallón Vargas, el cual iría a cumplir, además de un control militar, un ambicioso programa cívico-militar. El triunfo de la Revolución Cubana influyó en la creación de este contingente militar, pues con base en ello el Estado y las FF. AA. tuvieron muchos argumentos para adelantar proyectos en contra de la influencia comunista. Para ello se contó con la colaboración económica y militar de los Estados Unidos, que, a través de la AID y del programa de asistencia militar estadounidense (Pam), colaboró estrechamente con el plan de acción cívico-militar. Este programa, a diferencia del anterior, contó con mejor suerte, pues el ejército, mediante distintos mecanismos, logró ganarse la simpatía de los habitantes del Ariari.

Si bien el libro tiene grandes aciertos, sobre todo en la parte factual, también presenta grandes desaciertos en la parte teórica y conceptual. Por ejemplo, reiteradamente el autor usa el término *autodefensa de masas campesinas*, el cual no es suficientemente explicado y, dados los actuales momentos que vive el país, podría dar lugar a mal entendidos. Así mismo, el autor hace un buen esfuerzo en historiar un proceso regional de colonización en el cual la violencia ha desempeñado papel protagónico. Sin embargo, Londoño Díaz desconoce los avances que al respecto han logrado Luis Duque

Gómez (1967), Catherine Legrand (1988), Carlos Miguel Ortiz (1985), entre otros. Sin embargo, los testimonios presentados por el autor son lo suficientemente contundentes en mostrar la conjunción de ambos factores.

Sin embargo, lo más sorprendente es que Londoño Díaz ni siquiera menciona las obras que sobre el mismo fenómeno por él estudiado se han escrito para la región y que se han citado con anterioridad y que le hubieran permitido adelantar algunas comparaciones valiosas. Tales carencias en cuanto a lectura de la bibliografía secundaria básica, de la cual sólo hemos mencionado algunos títulos, hacen de la obra que comentamos, un libro interesante por las descripciones y testimonios presentados pero poco analítico.

Sólo resta felicitar a quienes cumplieron la cuidadosa labor editorial y de imprenta realizada en Villavicencio para sacar a la luz pública este trabajo. Es un buen ejemplo de que en la provincia, si se quiere y se tiene el deseo e interés, se pueden hacer las cosas bien.

JOSÉ EDUARDO RUEDA ENCISO

Provincianismo retórico y trasnochado

El Gran Caldas

Luis Eduardo Agudelo Ramírez

Ediciones Autores Antioqueños, Volumen 48, Medellín, 1989, 296 págs.

El caso de Antioquia es bien singular dentro del conjunto de estudios regionales que se han efectuado en Colombia desde hace más de cuarenta años. A esa región del país, y a sus habitantes, se les han dedicado miles de páginas que proceden de los más diversos autores y de las más disímiles posiciones partidistas e ideológicas. Se puede decir que existe ya una rama de los estudios sociales, que puede dársele el mote de "Antioqueñología", que sin embargo es profundamente desigual. En efecto, encontramos, cuando de hablar de los antioqueños se trata, un sinnú-

mero de publicaciones de muy poca calidad interpretativa y analítica, basada más en los prejuicios ideológicos y culturales que pretenden encontrar en la "raza" antioqueña una especie singular de hombres que "civilizó" este país, en virtud de ciertas predisposiciones "naturales" que los harían superiores al resto de grupos culturales del actual territorio colombiano. A esta interpretación han contribuido un reducido grupo de estudiosos extranjeros (principalmente Parsons, Hagen y McGreevy) que han buscado en la colonización antioqueña la manifestación más clara de un "desarrollo" económico democrático e integral. En algunos casos, como el de McGreevy, Antioquia corroboraría retrospectivamente cuáles son los mecanismos indispensables para que una región determinada pase del atraso al desarrollo mediante el logro del tan anhelado "despegue" (take off), del que tanto se habló en la década de 1960.

Una tendencia minoritaria, pero que últimamente empieza a cobrar fuerza, ha empezado a desmitificar la colonización antioqueña y señalarla como un proceso complejo y contradictorio, que no es todo lo democrático e igualitario que muchos han pretendido, sino que contrariamente ha reproducido formas de explotación y desigualdad como las existentes en el resto del país. Así mismo esta nueva interpretación (entre la que sobresalen estudios como los de Palacios, K. Christie, J. Villegas y K. LeGrand entre otros) ha puesto en cuestión el supuesto carácter democrático del reparto territorial que se desprendió de la expansión de la frontera agrícola en el occidente del país. Esta nueva interpretación no desconoce, desde luego, la importancia que adquirió la colonización antioqueña en la consolidación del capitalismo, en el surgimiento de Colombia como país cafetero y en los orígenes de la industrialización, pero ve todos estos aspectos como procesos contradictorios, con grandes antagonismos sociales, con "vencedores" y "perdedores" ¹.

Existiendo esta variedad interpretativa sobre la historia antioqueña era de esperarse que cualquier nuevo